

viría aquel marido de apoyo y de instrumento. Tuvo que comprarla el canastillo de novia, la aceptó desnuda, con la fe exaltada de un devoto que sólo deseaba en ella á la diosa. Desde aquel instante se cumplió el sinó como Fernanda lo había deseado. No habían pasado dos meses desde que su marido la había introducido en la Guerdache, cuando ya había seducido á Boisgelin, al cual se entregó de repente una tarde, después de haber estudiado el caso con cuidado. Para él fué una pasión fuerte; por ella hubiera dado su fortuna, á riesgo de romper con todo. Fernanda encontraba en aquel buen mozo, de círculo y de caballo, el ideal buscado, el amante para la vanidad, la locura y la largueza, capaz de los peores abandonos con tal de conservar una querida tan bella, ya indispensable para su lujo. Además, allí satisfacía ella toda clase de rencores acumulados: el odio sordo á su marido, cuya vida de trabajo y tranquila ceguedad la humillaban; sus celos crecientes de la apacible Susana, á quien desde el primer día se había puesto á aborrecer, y esta era una de las causas que la habían decidido á robarle á Boisgelin con la esperanza de hacerla padecer. Y ya la Guerdache ardía en continuas fiestas; allí reinaba Fernanda como hermosa convidada, realizando su sueño de vida fastuosa, ayudando á Boisgelin á comerse el dinero que Delaveau hacía sudar á los mil dcientos obreros del Abismo; y hasta esperando poder el mejor día volver á París, para triunfar allí con los millones prometidos. Esta era la historia á que Lucas iba dando vueltas en su fantasía, mientras que á paso lento, de paseo, acudía al convite de Susana. Si no conocía todas aquellas aventuras, sospechaba las que un porvenir próximo iba á permitirle penetrar en sus menores detalles. Y al levantar la cabeza vió que no estaba más que á cien metros del parque admirable, cuyos grandes árboles verdeaban en extensión indefinida. Se detuvo; una figura se erguía dominando las demás, la del señor Jerónimo, el segundo Qurignon, fundador de la fortuna, al cual había encontrado la víspera á la misma puerta del Abismo, en su cochecillo conducido por un criado. Y le volvió á ver, muertas las piernas, arruinado, mudo, con sus ojos claros, que

miraban hacia veinticinco años los desastres que abrumaban á su raza. Su hijo Miguel, hambriento de alegría y de lujo, dejando la fábrica en peligro, matándose en un espantoso drama íntimo. Su nieto Gustavo, robando una querida á su padre y yendo á romperse el cráneo en el fondo de una sima, como perseguido por las furias vengativas. Su hija Laura en el convento, aislada del mundo; el otro hijo, Felipe, casándose con una ramera, cayendo con ella en el lodo, muerto en duelo después de afrentosas aventuras; el otro nieto, Andrés, el último de su nombre, enfermo, encerrado entre locos. Y ahora el desastre que continuaba un fermento de podredumbre que acababa de aniquilar á la familia: esta Fernanda, caída allí como para consumir la ruina, con sus dientes pequeños, blancos, de terrible roedora. Silencioso, había asistido, asistía á tales cosas; ¿las notaba, las juzgaba? Se le suponía la inteligencia debilitada; pero con todo ¡con qué ojos miraba, límpidos, sin fondo! Y si pensaba, ¡qué reflexiones debían de llenar sus largas horas sin movimiento! Todas sus esperanzas se habían desmoronado, la fuerza victoriosa en la larga ascendencia de jornaleros; la energía que él creía deber legar á una larga descendencia, mediante una fortuna aumentada sin cesar, ardía como un montón de paja en el fuego de los placeres. En tres generaciones la reserva de potencia creadora que había exigido tantos siglos de miseria y de esfuerzos, acababa de ser devorada con gula en un momento; la exasperación nerviosa, el refinamiento destructor, se había producido con el sebo ardiente de la sensación. La raza, demasiado pronto ahita, loca por la posesión, se derrumbaba en pleno frenesí de la riqueza. Y aquel regio señorío, aquella Guerdache que él había comprado, soñando poblarla un día con sus numerosos descendientes, parejas felices que extendieran la gloria de su nombre; ¡con qué tristeza debía de mirarla, al contemplar vacías la mitad de las habitaciones; y qué cólera sentiría al verla hoy entregada á aquella mujer extraña, que traía el último veneno en los pliegues de su falda! Vivía como un so-

litario, sólo tenía relaciones de cariño con su nieta Susana, la única á quien consentía todavía entrar en sus habitaciones del piso bajo. En otro tiempo, Susana, desde los diez años le había cuidado allí, niña amorosa que sentía el infortunio del triste abuelo. Luego, cuando había vuelto casada, después de la compra del Abismo y de la Guerdache, había exigido que el abuelo siguiese allí, aunque ya nada le pertenecía después de la partición que había hecho de todos sus bienes, cuando le hirió la parálisis. Sentía Susana escrúpulos, le parecía que al seguir los consejos de Delaveau, ella y su marido, habían despojado á los otros dos miembros restantes de la familia, la tía Laura y Andrés el enfermo. En realidad, su existencia estaba asegurada, y era su abuelo Jerónimo á quien ella se lo pagaba todo con cariño, velando por él como un ángel. Pero él, si dejaba nacer una sonrisa en el fondo de sus ojos claros cuando los fijaba en ella, no tenía en su rostro frío, de facciones grandes, hundidas, más que dos agujeros, dos pozos insondables, cuando veía pasar al galope delante de él, la vida desenfadada de la Guerdache; ¿veía, pensaba? ¿qué desesperación había, entonces, en sus pensamientos?

Lucas se encontró delante de la verja monumental que daba á la carretera de Formeries en el sitio en que se separaba el camino de la vecina aldea de Combettes; y no tuvo más que empujar el portillo y seguir por la regia calle de olmos. En el fondo se distinguía la quinta, vasto edificio del siglo diez y siete, de noble aspecto en su sencillez, de doce ventanas en la fachada, dos pisos, piso bajo sobrealzado, al cual se llegaba por una doble escalinata, adornada con hermosos jarrones. El parque, muy grande, todo pradera y de árboles muy altos, lo atravesaba el Mionna, que alimentaba un gran estanque donde nadaban cisnes.

Y Lucas se dirigía á la escalinata, cuando una risa ligera de bienvenida le hizo volver la cabeza. Bajo una encina, cerca de una mesa de piedra rodeada de sillas rústicas, vió á Susana, que se había sentado allí mientras su hijo Pablo jugaba á sus pies.

—Sí, amigo mío, sí; he bajado aquí á esperar á

mis invitados, como aldeana que no teme el aire libre. Cuánto le agradezco que haya aceptado mi invitación tan repentina.

Y le largaba la mano sonriendo. No era bonita, pero tenía su encanto; muy rubia, pequeña, de fina cabeza redonda, rizado el pelo, los ojos de un azul suave. A su marido siempre le había parecido de una lamentable insignificancia, sin que por lo visto sospechara la deliciosa bondad, el sólido buen juicio que se ocultaban bajo aquel aire de sencillez.

Lucas le cogió la mano, que tuvo un instante entre las suyas.

—Usted sí que ha sido amable acordándose de mí; soy tan dichoso, tanto, volviéndola á ver!

Le llevaba ella tres años, le había conocido en la pobre casa en que él vivía, en la calle de Bercy, cerca de la fábrica en que había empezado á trabajar como modesto ingeniero. Muy discreta, repartiendo ella misma sus limosnas, visitaba allí á un albañil viudo, con seis hijos, entre ellos dos niñas de pocos años; encontró al joven en aquel zaquizamí, con las dos niñas sobre las rodillas, una tarde que llevaba ella ropa blanca y pan para aquellòs desgraciados. Trataron amistad, y tuvo ocasión de pagarle la visita en el parque Monceau, con motivo de sus obras de caridad comunes. Una gran simpatía los había unido poco á poco; llegó él á ser su ayudante, su mensajero, sin saberlo nadie, en asuntos que ellos solos conocían; y de este modo acabó por frecuentar Lucas el palacio, invitado á las veladas, durante dos inviernos, y allí conoció á los Jordan.

—Si usted supiera cuánto se la ha echado de menos, cuánto se ha llorado su ausencia—se contentó él con añadir, sin más alusión á su antigua complicidad de buenos corazones.

Conmovida, dijo ella:

—Cuando me acuerdo de usted, me desconsuela mucho no tenerle aquí, donde tanto habría que hacer.

Lucas acababa de ver á Pablo, que venía corriendo, con florecillas en la mano, y al verle tan crecido, mostró asombro. Muy rubio, menudo y sonriente, de aire bondadoso, el niño semejaba á su madre.

—Bah,—dijo ésta con alegría,—ya va á hacer siete años, es un hombrecillo.

Se habían sentado, conversando como hermanos, en el tibio ambiente de aquel esplendoroso día de Septiembre, tan entregados á sus queridos recuerdos, que ni vieron á Boisgelin bajar la escalinata y acercarse á ellos. Erguido, muy correcto, con su americana de campo, el monóculo en un ojo, Boisgelin era todo un buen mozo lleno de vanidad, de ojos grises, fuerte nariz, el bigote engomado, y recogía en bucles su pelo negro sobre una frente estrecha que descubría un principio de calvicie.

—Buenos días, mi querido Froment,—exclamó con voz que, por buen tono, exageraba el tartajear, cuando pronunciaba las erres.—Mil gracias por haber querido acompañarnos.

Y sin más, después de un fuerte apretón de manos á la inglesa, se volvió á su mujer.

—Dime, querida, ¿no has mandado enviar la victoria á los de Delaveau?

Susana no tuvo nada que responder; la victoria apareció por la calle de altos olmos, conduciendo al matrimonio, que se bajó delante de la mesa de piedra. Delaveau, pequeño, fornido, tenía la cabeza de un bulldog, maciza, corta, de mandíbulas salientes, y la nariz chata, los ojos grandes, saltones, las mejillas coloradas, medio ocultas por el collar espeso de barba negra. Tenía en el aire algo de militar, de autoritario y rígido. A su lado, formaba gracioso contraste Fernanda, morena, de ojos azules, alta, de talle esbelto, de seno y hombros admirables. Jamás cabellera más rica y negra había servido de marco á un rostro más puro ni más blanco, de grandes ojos azules, de ardiente ternura, de boca pequeña y fresca, de dientes pequeños de brillo inalterable y con fuerza para romper guijarros. Teníala orgullosa, sobre todo, lo delicado de sus piés, porque en esto veía la prueba innegable de su descendencia de príncipes.

Inmediatamente se excusó ante Susana, haciendo bajar de la victoria á una doncella que traía en el regazo á su hija Nisa, una niña de tres años, de pelo rubio, rizado, enmarañado, de ojos de color de cielo,

y una boca de rosa, que reía siempre, haciendo hoyos en las mejillas y en la barba.

—Usted me perdonará, querida mía, si me he aprovechado de su permiso para traer á Nisa.

—Ha hecho usted muy bien,—respondió Susana.—Ya le he dicho que los niños tendrán su mesita.

Parecían amigas. Apenas si en Susana un ligero parpadear anunció su emoción, al ver á Boisgelin solícito alrededor de Fernanda, que por su parte debía de mostrarle enojos, pues le recibió con el aire glacial de que se valía, cuando él intentaba librarse de uno de sus caprichos. Con aire inquieto, volvió él junto á Lucas y Delaveau, que se conocían desde la última primavera, y se daban la mano. Pero la presencia inesperada del joven en Beauclair parecía causar emoción al director del Abismo.

—¡Cómo, está usted aquí desde ayer! Y, naturalmente, no ha encontrado usted á Jordán, porque un parte le ha obligado á salir de repente para Cannes. Sí, sí, ya lo sé; lo que no sabía, que le hubiese llamado á usted... el horno alto le da en qué pensar, le molesta.

A Lucas le sorprendió verle tan conmovido; le veía á punto de preguntarle por qué Jordán le había hecho venir á la Crecherie. No comprendió la causa de esta repentina inquietud, y respondió á la ventura:

—¡Oh, molestarle! ¿lo cree usted? Todo va muy bien.

Entonces Delaveau, prudente, para hablar de otra cosa, dió á Boisgelin, á quien tuteaba, una buena noticia: la compra, por la China, de un *stock* de granadas defectuosas, que iban á volver á la fundición. Pero se volvió la atención á los niños, porque Lucas, que adoraba á la infancia, quedó encantado al ver á Pablo dar sus florecillas á Nisa, su gran amiga. Hermosa chiquilla, ¡parecía un sol menudo, de rubia que era! ¿Cómo había podido salir así, de un padre y una madre tan morenos? Fernanda, que había saludado á Lucas, sondeándole con su mirada aguda, para saber si sería un amigo ó un enemigo, gustaba de que se hiciese aquella pregunta, á la cual con aire triun-

fante respondía, aludiendo muy claramente al abuelo del niño, el famoso príncipe ruso.

— ¡Oh! un gran mozo, rubio y sonrosado. Estoy segura de que Nisa será su vivo retrato.

A Boisgelin debió parecerle que no era *correcto* esperar así á sus convidados, bajo una encina, cosa que podían permitirse solamente modestos burgueses, retirados á la aldea. Al hacerlos entrar en la casa, llevándolos al salón, se encontraron con el señor Jerónimo, á quien un criado llevaba en su cochecillo. El anciano había exigido hacer vida aparte, con sus horas diferentes de comida y de paseo, de levantarse y acostarse; y comía solo, y no quería que nadie se ocupara en sus cosas, y hasta se había establecido la regla de que nadie en casa le dirigiera la palabra. Así es que todos se contentaron con saludarle en silencio. Sólo Susana, siguiéndole con mirada cariñosa, sonreía.

El señor Jerónimo, que salía á dar uno de sus largos paseos, pasando á veces fuera toda la tarde, los había mirado fijamente á todos, como testigo olvidado, fuera del mundo, que no devolvía los saludos. Y Lucas volvió á sentir cierto malestar por su duda angustiosa, bajo la claridad fría de aquella mirada.

El salón era una estancia grande, muy rica, tapizada de brocatel rojo, con muebles de Luis XIV, suntuosos. Acababan de entrar, cuando llegaron ya invitados: el Sub-Prefecto Chatelard, seguido del Alcalde Gourier, de su mujer Leonor y de Aquiles, hijo de éstos. De cuarenta años, guapo todavía, calvo, la nariz arqueada, la boca discreta, los ojos grandes y vivos, tras unos lentes, Chatelard era un desecho de París, que, después de haber dejado allí el pelo y el estómago, se había agenciado su plaza en Inválidos, en la sub-Prefectura de Beauclair, gracias á un amigo, improvisado ministro. Sin ambición y malo del hígado, y sintiendo la necesidad de reposo, había tenido la suerte de encontrarse con la hermosa señora Gourier, que parecía haberle fijado para siempre allí, en unas relaciones sin tormentas, vistas con buenos ojos por sus administrados, y hasta aceptadas, según decían, por el marido, que tenía otras aficiones. Leonor, todavía hermosa á los treinta y ocho años, ru-

bia, de grandes facciones regulares, era muy devota, de aspecto frío y recogido, bajo el cual, según murmuraban ciertos iniciados, ardía una continua hoguera de deseos profanos. Y el tal Gourier, un hombrachón vulgar, coloradote, de nuca abultada, cara de luna, no parecía haber sospechado jamás nada, pues hablaba de su mujer con sonrisa compasiva, y prefería á las muchachas que trabajaban en su zapatería, una fábrica importante de calzado, heredada de su padre, en la cual él mismo había ganado una fortuna. No hacían vida común de quince años atrás, y el único lazo que los unía era su hijo Aquiles; un mozo de diez y ocho años ya, que tenía las facciones regulares, los hermosos ojos de su madre, pero muy moreno, y el cual manifestaba un talento y una independencia, que tenía á sus padres confundidos y disgustados. Si la hermosa Leonor jamás había puesto los pies en la zapatería de su marido, la armonía más perfecta parecía unirlos ante el mundo; y sobre todo, desde que Chatelard había entrado en la casa, reinaba allí una dicha constante, que se citaba como ejemplo. El sub-Prefecto y el Alcalde, llegando á ser inseparables, facilitaban de esta suerte la administración, y toda la ciudad aprovechaba estas buenas relaciones.

Llegaron luego otros invitados, el presidente del tribunal, Gaume, acompañado de su hija Lucila, á quien seguía su novio, el capitán retiarlo Jollivet. Gaume, de cabeza larga, frente ancha, barba carnosa, de cuarenta y cinco años apenas; parecía quererse hacer olvidar en aquel rincón de Beauclair, bajo la pesadumbre abrumadora de un espantoso drama íntimo que había trastornado su vida. Una noche su mujer, abandonada por un amante, se había matado delante de él. Frío, severo en su aspecto, quedó para siempre inconsolable, destrozada el alma, todo en secreto, y padeciendo ahora por su hija, á quien adoraba, y que al crecer se iba pareciendo más y más á su madre. Pequeña, linda, cariñosa y delicada, con sus ojos de perdición, en un rostro claro, de cabellera castaña, dorada, Lucila le recordaba la falta de su madre, y tal temor le hacía sentir de verla reproducida, que, en cuanto tuvo la niña veinte años, hizo de ella la prometida del capitán Jollivet, á pesar de la amarga so-

ledad en que iba á caer al desgarrarse el alma separándola de sí. El capitán Jollivet, gastado por sus treinta y cinco años, era con todo un buen mozo; la frente de testarudo, los bigotes arrogantes, de vencedor. Pero unas calenturas que traía de Madagascar, le obligaron á presentar la dimisión. Justamente acababa de heredar una renta de doce mil francos, y había decidido vivir en Beauclair, su tierra, casándose con Lucila, cuyo aire de tórtola pasmada le había vuelto loco. Gaume, que vivía malamente de su empleo, no podía rechazar tal partido. Su desesperación oculta parecía crecer con esto, pero jamás había afectado un celo más severo por la ley, fundando siempre en rigor sus juicios, apoyando en el código la dureza de la represión. Algunos decían, que detrás de esta actitud implacable había un vencido, un pesimista desolado que dudaba de todo, y sobre todo de la justicia humana. ¡Y qué tormento el de un juez que condena, preguntándose si tiene derecho, a los miserables, víctimas del crimen de todos!

En seguida llegaron los Mazelle, con su hija Luisa, de tres años, otro convidado para la mesa pequeña. Era aquel un matrimonio perfectamente feliz; los dos gordos, de la misma edad, poco más de cuarenta, de un parecido que había ido infundiendo el uno en el otro; la misma cara sonrosada y sonriente, el mismo aire paternal y suave. Habían gastado cien mil francos para instalarse á lo burgués, en una casa cómoda, rodeada de un jardín bastante grande; allí vivían con quince mil francos en buenas rentas del Estado, cuya solidez era la única garantía con que se sentían seguros. Su felicidad, la beatífica alegría de su vida, empleada en adelante en no hacer nada, se había hecho proverbial. «¡Ah, ser como el señor Mazelle, que no hace nada! ¡Ese tiene suerte!» Pero él respondía que bien había ganado su fortuna, con diez años de andar de la ceca á la meca. La verdad era que, modesto tratante en carbones y habiendo casado con una mujer que le traía cincuenta mil francos de dote, ó sea por suerte ó por buen olfato, había previsto las huelgas, cuya frecuencia hacía años, hacían subir mucho la hulla francesa. Su arranque genial había consistido en asegurarse en el extranjero enor-

mes reservas de carbón, al precio más bajo posible, y revenderlas con grandes beneficios á los industriales de Francia, á quienes la súbita falta de combustible obligaba á cerrar las fábricas. Pero había obrado como un sabio, dejando los negocios hacia los cuarenta, cuando ya tenía los seiscientos mil francos, que, según sus cálculos, debían de hacer, de su mujer y de él, una pareja absolutamente feliz. No había cedido siquiera á la tentación de llegar al millón. Temía un cambio de la fortuna caprichosa. Y jamás un bienaventurado egoísmo había triunfado así, ni optimismo alguno había podido decir con más razón que todo marchaba muy bien en este mundo, que era para estas buenas gentes, que se adoraban ciertamente, que adoraban á su hija, fruto serondo, y que en la plena satisfacción de sus apetitos, lejos de toda ambición y de toda fiebre, ofrecían la imagen perfecta de la dicha, de la dicha cerrada á cal y canto, sin vistas á la desventura ajena. La única espina de esta felicidad era que la señora Mazelle, muy gruesa, muy fresca, se creía víctima de una enfermedad grave, sin nombre definido, motivo de que su marido la compadeciese y mimase más, sonriente siempre, diciendo con una especie de vanidad: «La enfermedad de mi mujer», como pudiera decir: «Los cabellos, el oro único de los cabellos de mi mujer». Ni temor ni tristeza nacían de aquí, como tampoco de su asombro ante su Luisita, que crecía tan diferente de ellos, morena, delgada y viva, con una graciosa cabecilla de cabra, de ojos oblicuos, nariz menuda. Aquel asombro era un encanto, como si la niña hubiera caído del cielo, regalo que traía un poco de viveza á la casa, llena de sol, que adormecían las digestiones demasiado tranquilas. La buena sociedad de Beauclair se burlaba de los Mazelle; eran dos botijos, gallinas cebadas, pero no por esto se les respetaba menos; se les saludaba, se les invitaba como hacendados, á quienes su sólida fortuna ponía por encima de los trabajadores, de los pobres empleados y hasta de los capitalistas millonarios, siempre amenazados por las catástrofes. Ya sólo se esperaba al señor Marle, cura de San Vicente, la parroquia rica de Beauclair. Llegó, y pasaron al comedor. Se excusó el cura; le habían detenido

sus obligaciones. Era alto, fuerte, de rostro cuadrado, nariz aguileña, boca grande de vigorosas líneas. Joven todavía, de treinta y seis años, de buen grado hubiera luchado por la fe, á no ser por un ligero defecto en la lengua, que le hacía la predicación difícil. Esto explicaba que se resignase á enterrarse en Beauclair, mientras que su pelo obscuro cortado al rape, sus ojos negros y tenaces pregonaban al clérigo militante, que había soñado ser. Pero no le faltaba inteligencia, y se daba clara cuenta de la crisis que el catolicismo atravesaba. No confesando á veces sus temores, cuando veía su iglesia abandonada por el pueblo, agarrábase á la letra estrecha de los dogmas, seguro de que el antiguo edificio sería derribado, el día en que la ciencia del libre examen hiciera en él brecha. Aceptaba las invitaciones de la Guerdache, sin ilusiones respecto de las virtudes de la burguesía, y almorzaba ó comía allí, en cierto modo por deber, para ocultar bajo el manto de la religión las miserias que conocía.

Le encantó á Lucas la clara alegría, el agradable gran lujo del comedor, amplia estancia que ocupaba un ángulo entero del piso bajo, y por cuyas grandes ventanas se veía el césped y los árboles del parque. Parecía que aquel verdor entraba en la casa, que el comedor estilo Luis XVI, con sus maderas gris perla, tapizado de verde de agua, muy suave, se convertía en la sala de los festines, soñada en una ideal magia bucólica. La riqueza de la mesa, la blancura de los manteles, el brillo de la plata y del cristal, las flores que adornaban los cubiertos, coronaban la fiesta, que daba á los ojos el maravilloso cuadro de luz y de perfumes. La sensación fué tan viva, que de pronto evocó toda la noche anterior: el pueblo hambriento y negro que pisoteaba como un rebaño el lodo de la calle de Briás; los pudeladores y arrancadores que se tostaban la carne ante las llamas infernales de los hornos; sobre todo la pobre vivienda de Bonnaire con la triste Josina, sentada sobre un peldaño de la escalera, salvada del hambre por una noche, gracias al pan robado por su hermanillo. ¡Qué de miseria injusta! ¡de qué trabajo maldito, de qué execrable su-

frimiento se hacía el lujo de los ociosos y de los felices!

En la mesa, de quince cubiertos, Lucas se encontró colocado entre Fernanda y Delaveau. Contra la costumbre, Boisgelin, que tenía á la señora de Mazelle á la derecha, había puesto á Fernanda á su izquierda. Hubiera debido dar este sitio á la señora de Gourier; pero en las casas de confianza, ya se sabía que se colocaba siempre á Leonor cerca de su amigo el Sub-Prefecto Chatelard. Este, naturalmente, ocupaba el sitio de honor, á la derecha de Susana, que tenía á su izquierda al presidente Gaume. Se había puesto á Marle, el cura, junto á Leonor, su hija de confesión más asidua, más querida. Gourier estaba al lado de la señora de Mazelle, junto al presidente. Por último, el capitán Jollivet y Lucila, los novios, estaban en uno de los extremos, en frente del joven Aquiles Gourier, silencioso, al otro extremo, entre Delaveau y el cura. Susana, previsora, para poder vigilar mejor, había mandado que se pusiera detrás de ella la mesa de los niños; que presidía Pablo, de siete á ocho años, entre Luisa y Nisa, de tres, las cuales inspiraban cierta inquietud paseando sus manitas por platos y copas. Una doncella estaba á la mira, y el servicio de la mesa grande estaba á cargo de los dos ayudados de cámara, ayudados por el cochero. Vinieron los huevos rellenos acompañados por el sauterne y se trabó una conversación general, hablando del pan que se fabricaba en Beauclair.

—Yo no he podido acostumbrarme á él,—dijo Boisgelin;—el pan de lujo de aquí no se puede comer; yo hago traerlo de París.

Había dicho esto con la mayor sencillez, pero todos miraron con un vago respeto los panecillos que comían. Mas los enojosos acontecimientos de la víspera ocupaban principalmente el pensamiento de todos.

Fernanda exclamó:

—A propósito, ya sabéis que anoche entraron á saco una panadería de la calle de Briás.

Lucas no pudo contener la risa.

—¡Oh, señora, á saco!... Estaba yo allí. ¡Un pobre niño que ha robado un pan!

—También estábamos nosotros,—manifestó el capitán Jollivet, ofendido por la compasión, que significaba disculpa, que había en el tono de Lucas.—Es de lamentar que no se haya detenido á ese muchacho, á lo menos por el ejemplo.

—Sin duda, sin duda,—advirtió Boisgelin.—Parece que hay muchos robos desde esa maldita huelga... Me han hablado de una mujer que había forzado el mostrador de un carnicero. Todos los abastecedores se quejan de que la gente vagabunda se llena los bolsillos en sus escaparates... ¡Ahí tienen ustedes inquilinos para la hermosa cárcel nueva! ¿no es así, señor presidente?

Iba Gaume á responder, cuando replicó el capitán con violencia:

—Sí, el robo infame engendra el pillaje, el asesinato. El espíritu de la población obrera se va haciendo temible. Anoche, todos ustedes, que estaban en la calle como yo, ¿no han sentido este espíritu de rebelión, que pasaba como una amenaza, un terror, que hacía temblar á la ciudad?... Además, Lange, el anarquista, no tenía pelos en la lengua, para decir lo que pensaba hacer. A gritos lo decía: «que haría saltar á Beauclair, que arrasaría los escombros». A ese, ya que lo han atrapado, supongo que lo pondrán á salir, como conviene.

La actitud de Jollivet molestó á todos. Aquel raptó de terror de que hablaba, que los demás habían sentido pasar como él la noche anterior, ¿para qué recordarlo, despertarlo, sobre aquella mesa tan agradable, cargada de cosas tan buenas, tan hermosas? Se sintió frío; la amenaza del mañana zumbó, en medio del silencio, en los oídos de aquellos burgueses alarmados, mientras los criados les servían truchas.

Delaveau, sintiendo que el silencio se hacía molesto, dijo al fin:

—Lange, mala persona... tiene razón el capitán... ya que lo han cogido ustedes, no lo dejen escapar.

Pero el presidente Gaume movía la cabeza, y con aire severo, fría expresión, sin que se supiera lo que había detrás de aquella rigidez profesional, dijo:

—Sepan ustedes que esta mañana, por mi consejo,

después de un simple interrogatorio, el juez de instrucción se ha decidido á soltar á ese hombre.

Hubo exclamaciones, que ocultaban un miedo positivo, bajo una exageración de broma.

—¡Oh, señor presidente; usted quiere que nos degüellen!

Gaume sólo respondió con un pausado movimiento de la mano, que podía significar muchas cosas. La prudencia consistía en no dar, con un proceso ruidoso, una importancia considerable á palabras lanzadas al viento, que más germinarían cuanto más se esparciesen.

Jollivet se había calmado, mordiéndose el bigote, y no queriendo contradecir abiertamente á su futuro suegro. Pero el Sub-Prefecto Chatelard, que hasta entonces se había contentado con sonreír, dijo con suave y afable acento de hombre que está de vuelta de todo:

—¡Ah! lo comprendo, señor presidente; lo que usted ha hecho, es lo que llamo excelente política... ¡Bah! no; el espíritu de las masas no es peor en Beauclair que en otras partes. Es donde quiera lo mismo, hay que atemperarse á él, y lo mejor es prolongar el estado actual de cosas, mientras se pueda; porque parece lo seguro que si cambia estaremos peor.

Lucas creyó adivinar un poco de burla irónica en aquel antiguo calavera parisiense, á quien el sordo espanto de aquellos burgueses provincianos debía de divertir. Toda la política práctica de Chatelard consistía en esto, en la más gallarda indiferencia, cualquiera que fuese el ministro que estuviese en el poder. La vieja máquina gubernamental continuaba funcionando por sí misma, por la fuerza adquirida, y caería hecha polvo, al nacer una nueva sociedad. «Al freir será el reir», decía, riendo, en el seno de la confianza. La cosa marchaba, porque estaba montada ya, pero al primer tumbo serio, todo se lo llevaría la trampa. Los mismos esfuerzos intentados para consolidar la vetusta carraca, las reformas tímidas ensayadas, las leyes inútiles que se votaban sin osar siquiera aplicar las antiguas, las crisis furiosas de las

ambiciones y de las personas; las iras y delirios de los partidos, no hacían más que agravar, apresurar la agonía suprema. Todos los días, semejante régimen, se asombraba de no verse en tierra, esperándolo para el día siguiente. Y él, Chatelard, que no era un imbecil, se las arreglaba para durar, mientras el actual régimen durase. Republicano prudente, como había que serlo, representaba al Gobierno, nada más que lo preciso para conservar su puesto, haciendo sólo lo necesario, queriendo antes que nada vivir en paz con sus administrados. ¿Que todo se hundía? ¡pues ya procuraría él no estar bajo los escombros!

—Ya lo ven ustedes,—concluyó;—la desdichada huelga, que tanto les inquietaba, ha terminado de la mejor manera.

Gourier, el alcalde, no tenía la filosofía irónica del Sub-Prefecto, y aunque siempre estuviesen de acuerdo, lo que les facilitaba la administración de la ciudad, protestó:

—Vamos despacio, vamos despacio, querido amigo; demasiadas concesiones, nos llevarían muy lejos... Conozco á los obreros, los quiero, soy republicano viejo, un antiguo demócrata de la víspera. Pero si concedo á los trabajadores el derecho de mejorar su suerte, jamás aceptaré las teorías subversivas, esas ideas de los colectivistas, que acabarían con toda ciudad civilizada.

Y en su voz gruesa, temblorosa, sonaba el miedo que había tenido, la ferocidad del burgués amenazado, la innata necesidad de represión que se había traducido en un momento por el deseo de hacer avanzar á la tropa, para obligar á los huelguistas, á tiros, á volver al trabajo.

—En fin, yo no he podido hacer más por los trabajadores en mi fábrica: caja de socorros, de retiros, habitaciones baratas; no cabe más blandura. ¿Y entonces, qué más quieren?... Esto es el acabóse. ¿No es así, señor Delaveau?...

El director del Abismo, hasta entonces, había comido con gran apetito, escuchando sin mezclarse en la conversación.

—¡Oh, el fin del mundo!—dijo con su tranquilo aplomo;—espero, sin embargo, que no dejaremos que

el mundo se acabe, sin luchar un poco, para que continúe... Opino como el señor Sub-Prefecto: la huelga ha terminado muy bien. Y traigo una buena noticia: Bonnaire, el colectivista, ya sabéis, el cabeza de motín que me habían obligado á admitir otra vez, fué, se ha hecho justicia á sí mismo; anoche dejó la fábrica. Obrero excelente, pero ¡qué remedio! un exaltado, un soñador peligroso... ¡Ah, los sueños! ¡esos son los que nos llevan al abismo!

Y prosiguió; procuró mostrarse muy leal, muy justo. Cada cual tenía el derecho de defender sus intereses. Los obreros, declarándose en huelga, creían defender los suyos. El director de la fábrica defendía el capital, el material, la propiedad que se le había confiado. Y estaba dispuesto á ser indulgente, porque se sentía más fuerte. El salario, funcionando según la sabiduría de la experiencia, lo había organizado poco á poco. En eso estaba toda la verdad práctica, lo demás eran ensueños culpables; por ejemplo, el tal colectivismo, cuya aplicación traería la más espantosa catástrofe. También habló de los sindicatos, que combatía encarnizadamente, porque había adivinado en ellos una poderosa máquina de guerra. De todos modos, él triunfaba como trabajador activo sencillamente, como buen administrador, contento con que la huelga no hubiese hecho más estragos, convirtiéndose en un desastre é impidiéndole, aquel año, cumplir los compromisos adquiridos con su primo.

En aquel momento, los dos criados pasaban ofreciendo perdigones asados, mientras el cochero, cargado de vinos, presentaba saint-emilion.

—¿De modo,—dijo Boisgelin bromeando;—que tú me juras que no nos veremos reducidos á un régimen de patatas, y que podemos comer sin remordimientos un alón de estos perdigones?

Una gran carcajada acogió esta salida, que pareció muy graciosa.

—Yo te lo juro,—dijo alborozado Delaveau, riendo como los demás.—Duerme y come tranquilo; la revolución que se llevará tus rentas, no vendrá todavía mañana.

Lucas, silencioso, sintió palpar su corazón. Aquello era el salario: el capital que explotaba el trabajo



de los demás. Adelantaba cinco francos; el obrero les hacía producir siete, y él se comía dos. Y á lo menos, Delaveau trabajaba, arriesgaba su cerebro, sus músculos; pero aquel Boisgelin, que jamás había hecho nada, ¿con qué derecho vivía, comía, con tanto lujo? Lucas extrañaba también la actitud de Fernanda, que atendía con gran interés á esta conversación, nada á propósito para mujeres, que parecía excitada y muy contenta con la derrota de los obreros, y la victoria de aquel dinero, que sus dientes de lobezna devoraban á boca llena; sus labios rojos se levantaban un poco y descubrían los dientes agudos con una risa de fría crueldad, como si por fin, hubiese satisfecho sus rencores y sus apetitos, en frente de la mujer apacible, á quien engañaba, y entre su guapetón amante dominado por ella y un marido ciego que le ganaba los millones futuros. Parecía ya Fernanda un poco alegre por causa de las flores, de los vinos, de los manjares, y sobre todo por el placer perverso de utilizar su radiante hermosura, trayendo allí el desorden y la destrucción.

—¿Es verdad que se trata de dar una fiesta de caridad en la Subprefectura?—preguntó suavemente Susana á Chatelard.—¿Quieren ustedes que hablemos de algo que no sea política?

El sub-Prefecto, galante, fué en seguida de su opinión.

—Pues claro; somos imperdonables... Daré todas las fiestas que usted quiera, amiga mía.

Desde aquel momento, la conversación se dividió, y volvió cada cual á lo que le apasionaba. Marle, el cura, se había contentado con aprobar, con ligeros movimientos de cabeza, ciertas declaraciones de Delaveau; pues se mostraba siempre muy prudente en aquel medio en que le atormentaban el desorden moral del amo de la casa, el escepticismo del Sub-Prefecto y la hostilidad declarada del alcalde, que ostentaba ideas anticlericales. ¡Cómo le descorazonaba aquella sociedad, que él debía sostener, y que acababa en semejante ruina!

Su único consuelo era la devota simpatía de la hermosa Leonor, que tenía junto á sí, atenta nada más á cuidarle, diciéndole á media voz cosas agradables,

mientras los demás discutían. También aquella vivía sin duda en el pecado, pero se confesaba, y ya estaba oyéndola en el tribunal de la penitencia, acusarse del placer excesivo de haber almorzado al lado de su amigo Chatelard, que oprimía debajo de la mesa y amorosamente una rodilla de la dama con otra suya. El bueno de Mazelle, olvidado entre el presidente Gau-me y el capitán Jollivet, tampoco había abierto la boca todavía, más que para tragar grandes bocados que masticaba lentamente, por miedo al dolor de estómago. La política no le interesaba desde que, gracias á sus rentas, estaba al abrigo de las borrascas, pero debía prestar atención á las teorías del capitán, que desahogaba muy contento, hablando á tan benévolo oyente. El ejército era la escuela de la nación; Francia no podía ser, según su tradición inmutable, más que una nación guerrera, que sólo volvería á su equilibrio el día en que hubiese reconquistado á Europa, reinando por el sable. Era una estupidez acusar al servicio militar de desorganizar el trabajo. Además ¿el trabajo de quién? ¿Qué trabajo? ¿Había eso? ¡El socialismo, la gran broma! Siempre había soldados y debajo gente para llevar el fardo. A lo menos, el sable se veía. Pero ¿quién había visto jamás la idea, la famosa idea, la pretendida reina del mundo? Y se reía de su propia gracia; y el bueno de Mazelle, que respetaba profundamente al ejército, reía con él por complacerle; mientras que Lucila, la rovia, le clavaba la sutil mirada de enigmática enamorada, examinándole en silencio, con extraña sonrisa, como saboreando la idea de sus condiciones de marido. Al otro extremo de la mesa, el joven Aquiles Gourier seguía encerrado en su silencio de testigo y de juez, brillándole los ojos con todo el desprecio que le inspiraban su familia y los amigos con que le obligaba á almorzar.

Pero de nuevo se alzó una voz que se oyó en toda la mesa, en el momento en que se servía una empánada de hígado de pato, una verdadera maravilla. Era la voz de la señora de Mazelle, muda hasta entonces, enfrascada en su plato, cuidando su enferme-

dad que reclamaba mucho alimento. Y como Boisgelin, atento sólo á Fernanda, no hacía caso de ella, se había vuelto á Gourier y le explicaba asuntos de familia; lo bien que se entendía con su marido, sus ideas sobre la instrucción que había de dar á su hija Luisa.

—No quiero que me le carguen la cabeza. ¡Ah no! ¿Para qué se ha de pudrir la sangre? Es hija única, herederá todos nuestros bienes.

De pronto, Lucas cedió á la necesidad de protestar, sin reflexionar, por pura malicia.

—¿Pero usted no sabe, señora, que se van á suprimir las herencias? ¡Oh, y muy pronto, en cuanto se organice la nueva sociedad!

Todos creyeron que hablaba en broma, y era tan cómico el estupor de la señora Mazelle, que todos ayudaron á Lucas.

¡La herencia suprimida, valiente infamia; el dinero ganado por el padre se les arrancaría á los hijos, se les condenaría á ganarse el pan á su vez! Sin duda esta era la consecuencia lógica del colectivismo. Y como Mazelle, asustado, viniese en socorro de su mujer diciendo que él no se inquietaba, que toda su fortuna estaba en papel del Estado, y que jamás osarían tocar al gran libro, Lucas replicó tranquilamente:

—Ahí está el error, caballero; se quemará el gran libro, se abolirá la renta. Es cosa resuelta.

Los Mazelles iban á ahogarse. ¡La renta abolida! Les parecía tan imposible como que el cielo se desplomara sobre su cabeza. Y estaban tan aturridos, tan aterrados, por aquella amenaza del trastorno de las leyes naturales, que Chatelard con lástima burlona los tranquilizó, y dijo volviéndose hacia la mesa de los pequeños, donde á pesar del buen ejemplo de Pablo, las niñas, Nisa y Luisa no se habían portado muy bien:

—No, no hay que temer. La cosa no está tan próxima: su hija de usted tiene tiempo de crecer y de criar hijos á su vez... Eso no quita que deban limpiarla; porque creo que ha metido la cara en la crema.

Continuaba la risa y la broma. Todos, sin embargo, habían sentido pasar el fuerte aliento del mañana, el

viento del porvenir que soplaba de nuevo á través de la mesa, barriendo el lujo inicuo y los goces envenenados. Y todos acudían en socorro de la renta, del capital, de la sociedad burguesa y capitalista, basada en el salario.

—La república se suicidará el día que toque á la propiedad,—dijo Gourier, el alcalde.

—Hay leyes y todo se hundiría el día que no fuesen aplicadas,—dijo el presidente Gaume.

—¡Y qué diantre! en todo caso ahí está el ejército, vigilante, y que no permitirá el triunfo de los pillos,—dijo el capitán Jollivet.

—Dejad obrar á Dios, que no es más que bondad y justicia,—dijo el cura.

Boisgelin y Delaveau se contentaron con mostrarse conformes, porque para ayudarlos á ellos se juntaban todas las fuerzas sociales. Y Lucas lo comprendió; el Gobierno, la administración, la magistratura, el ejército, eran quien sostenía todavía la sociedad agonizante, la monstruosa andamiada de iniquidad, el trabajo mortífero de los más, que alimentaba la corruptora holganza de unos pocos. Continuaba su terrible visión de la víspera; después de haber visto el reverso, ahora veía el anverso de aquella sociedad en descomposición, cuyo edificio se desmoronaba por todas partes. Y allí mismo, en aquel lujo, en aquel triunfante decorado, acababa de oírle estallar; á todos los veía inquietos, aturdiéndose, corriendo al abismo como todos los enloquecidos que arrastran las revoluciones.

Se servían los postres, la mesa estaba cubierta de cremas, pastas, magníficas frutas. Para acabar de animar á los Mazelle, al llegar al champagne, se hizo el elogio de la pereza, de la divina pereza, que no es de este mundo. El amplio comedor, tan alegre, parecía haberse llenado de la suave influencia, como un effluvio, de los grandes árboles del parque, y Lucas reflexionaba, porque de repente, acababa de comprender el pensamiento que sentía en sí como una preñez: la emancipación del porvenir, enfrente de aquellos hombres que eran la autoridad injusta y tiránica del pasado.

Después del café, que se sirvió en el salón, Bois-